

Cerdeña, Córcega, los vireyes, los almirantes y generales de mar y tierra, los maestros, comandadores y caballeros de la orden, todos se apresuraron a acudir a la defensa de aquel baluarte de la cristiandad en Oriente, y a aumentar los presidios de las vecinas islas y a fortificar las plazas de una y otra costa del Mediterráneo. Aparejó en efecto el Gran Señor su armada contra Malta, de que hizo almirante a Sinan, dándole por asociados y consejeros a Salac y a Dragut. Llegó la flota otomana a Marco Mujeto (18 de julio, 1551), donde saltaron a tierra mil y quinientos genizaros, que tuvieron alguna escaramuza con los arcabuceros del gran maestro. Temblóle a este la barba, dice un historiador, cuando supo que Sinan iba resuelto a tomar a Malta, y eso que se hallaba fuerte y bien provista. Tanto, que cuando el almirante turco se acercó a reconocer el castillo, al encontrarle tan fuerte reconvinó con aspereza a Dragut diciéndole que había engañado a Soliman. Señor, respondió el corsario con entereza: *quien no aventura no ha ventura*. Con esto, y para que no se dijese que no aventuraba, mandó desembarcar cinco mil hombres que hicieron sus estancias en las puertas del arrabal del castillo; mas habiendo salido algunos comandadores con buen golpe de arcabuceros y hecho gran descabro en los infieles, abandonó Sinan cobardemente la empresa de Malta, y pasó con su ejército y sus naves a la vecina isla de Gozzo, de la cual se apoderó con muerte del comandador Sese, que la defendió con heroísmo. Hicieron allí los turcos seis mil cautivos, hombres y mujeres, y Dragut incendió la población y taló todos los árboles de la campiña.

De allí pasó Sinan a Trípoli con su armada, y desembarcando con mas de seis mil hombres y cuarenta gruesas piezas de artillería, las asedió contra el castillo del puerto. Por traición de un francés que se descolgó de las almenas, supo que las torres mas flacas eran las de Santa Bárbara y Santiago, y mudando las baterías combatió aquellas torres hasta demolerlas. En esto llegó al campo de Trípoli el embajador francés que iba a Constantinopla y había estado en Malta: conferencia con Sinan, habló tambien aparte con algunos comandadores de San Juan de los que defendían la plaza, les persuadió sin duda de que no pudiendo sostenerla debían rendirla, saliendo ellos libres y ofreciéndose a conducirlos a Malta en sus galeras, y merced a las intrigas del francés, como de público entonces se dijo, entregó el comandador Simon de Losa las llaves de la ciudad (14 de agosto, 1551), pasando de esta manera la ciudad de Trípoli a poder de turcos, al cabo de cuarenta años que la poseían los cristianos. Con esto regresó la armada turca a Constantinopla, llevando Sinan al Gran Turco su amo por fruto de su expedición la conquista de Trípoli, ya que no pudo llevar la de Malta. Criminales debieron ser los comandadores de la orden que defendían a Trípoli y a quienes habló el francés, cuando el gran maestro, instruido un proceso y oídas sus confesiones, con acuerdo del consejo mandó ahorcar los seglares y degradó a los eclesiásticos para ajusticiarlos tambien. Y el interés con que el rey de Francia intercedió por ellos para con el gran maestro, demostraba que no sin razon se había achacado a manejos del monarca francés la rendición de Trípoli al turco.

Entre las pérdidas que los infieles ocasionaron a Carlos V y que acibararon mas los últimos tiempos de su reinado, fué una, y tal vez para él la mas sensible, la de Bugia en la costa de África y reino de Tremecen. Esta antigua é importante ciudad, una de las mas gloriosas conquistas del conde Pedro Navarro en tiempo de Fernando el Católico (1510), y que llevaba treinta y cinco años de pertenecer al dominio de España, fué acometida en 1555 por el gobernador moro de Argel con un ejército de mas de cuarenta mil hombres, por tierra y por mar, con veintidos bajeles. Guarneciala con quinientos españoles el capitán don Alonso de Peralta, natural de Medina del Campo. De los tres castillos que protegían la ciudad, el uno le abandonaron los cristianos no esperando poder defenderle: el otro costó a los moros cinco dias de combate, a pesar de hallarse en él solamente cuarenta españoles; y el tercero, que era el mayor y el mas fuerte, fué batido por espacio de veintidos dias, hasta que a Peralta le faltó el ánimo mas pronto que los medios de defensa, y le entregó

al moro, bajo el seguro que este le dió de dejarle ir libre, a él y a todos los que con él estaban (27 de setiembre, 1555), y de trasportarlos a España en sus bajeles. Entregada así tan cobardemente la ciudad, y perdido por la flojedad ó la perfidia de un hombre en un dia lo que tantos años y con tanto trabajo se había estado conservando, el moro no cumplió lo ofrecido sino en cuanto a Peralta y otros veinte de sus mas allegados, a quienes condujo a España, y a todos los demás los tomó por cautivos. En la indignación que causó a Carlos V tan sensible pérdida, no perdonó al mal defensor de Bugia. Acusado Peralta por el fiscal imperial, y condenado a muerte por el consejo, fué decapitado en la plaza de Valladolid, despues de haberle hecho pasar por la afrenta de ser llevado públicamente por las calles con toda su armadura, y de irle despojando pieza por pieza a voz de pregon en cada plaza ó paraje mas público, hasta llegar al patíbulo.

Tal era el estado de las posesiones españolas é imperiales de una y otra costa del Mediterráneo, y tal el resultado de las guerras marítimas del emperador con el sultan y con los corsarios turcos y moros, cuando Carlos V anunciaba, segun dejamos indicado en el anterior capítulo, su propósito de aliviar sus hombros de la pesada carga de tantos cuidados y de tan vastos dominios.

## CAPÍTULO XXXI

### ESPAÑA

#### El príncipe don Felipe.—Su infancia y juventud

DE 1527 A 1551

Nacimiento de Felipe.—Es jurado en las córtes de Valladolid.—Su infancia: su educación física y moral.—Muerte de la emperatriz su madre.—Notable conversión al abrirse su fétero.—Rasgos del carácter de Felipe.—Es jurado en Aragon.—Su casamiento con doña María de Portugal.—Solemnes bodas.—Nacimiento del príncipe Carlos.—Muerte de la princesa doña María su madre.—Muerte del cardenal Tavera.—Sucesión de Siliceo, maestro del príncipe.—Muerte del secretario Cobos.—Córtes generales de Aragon, presididas por el príncipe.—Creación del cargo de cronista.—Llama Carlos V su hijo Felipe a Alemania.—Notables instrucciones que le envió.—Córtes de Valladolid.—Casamiento de la princesa María con Maximiliano de Austria.—Quedan de gobernadores de España.—Marcha de Felipe a Flandes.—Festéjale á competencia en Italia, en Alemania y en los Países Bajos.—Su llegada á Bruselas.—Es jurado heredero y sucesor en Flandes.—Recorre las ciudades de Flandes, Brabante, Luxemburgo y otros estados.—Fiestas públicas.—Desagradable impresion que su presencia produce en los flamencos.—Carlos y Felipe en la Dieta de Augsburgo.—Pretende el emperador hacer reconocer á Felipe sucesor del imperio.—Resistencia que encuentra.—Negativa.—Vuelve Felipe á España con plenos y amplísimos poderes para regir y gobernar el reino.

Gobernaba hacia muchos años la España, á nombre y durante la ausencia del emperador y rey, su hijo único varon el príncipe don Felipe. Así por esta circunstancia, que nos conduce á dar cuenta de los sucesos interiores de España desde que los dejamos pendientes por seguir al emperador en los negocios generales del imperio, como por haber sido este príncipe el que despues con el nombre de Felipe II sucedió á su padre en esta vasta monarquía y se hizo tan famoso y célebre en el mundo, creemos conveniente dar á conocer desde su mas tierna infancia al que estaba destinado á regir por tantos años los dominios españoles, en el tiempo que llegaron á su mayor grandeza, extension y poderio. Que es privilegio de los hombres que han adquirido una gran celebridad histórica, interesar de tal modo, que no hay incidente ó circunstancia de su vida, por mínimo que parezca, que no excite, si no un verdadero interés, por lo menos una no extraña curiosidad. Sin embargo, como no sea de nuestro propósito hacer las biografías de los reyes, sino la historia de la nacion, tendremos que limitarnos á consignar aquellos rasgos de su vida que, ó tengan relacion con los negocios públicos y la gobernación del Estado, ó de algun modo contribuyan á dibujar el carácter del hombre, ó la índole y fisonomía de su época ó de su siglo.

El deseo de Carlos I de España y V de Alemania de tener

sucesion varonil que heredara en su dia su trono y sus coronas, y el placer con que España ha visto siempre el nacimiento de los príncipes herederos, se vió cumplido el 21 de mayo de 1527 en Valladolid. Púsose al hijo de Carlos de Austria y de Isabel de Portugal el nombre de su abuelo paterno, y derramó el agua bautismal sobre la cabeza del niño Felipe en la iglesia del monasterio de San Pablo de aquella ciudad de Castilla el arzobispo de Toledo don Alonso de Fonseca (1). Mas la alegría y satisfaccion de los pueblos se vió en gran parte turbada por una orden del emperador mandando suspender las fiestas y regocijos públicos con que se iba á celebrar y solemnizar en el reino el nacimiento del príncipe. Aquella orden era motivada por el sentimiento y pesadumbre que, si no tuvo, demostró al menos el emperador por el asalto y saco de Roma, y por la prision y cautiverio del pontífice Clemente VII que por aquel tiempo acababa de hacer el ejército imperial al mando del duque de Borbon, con escándalo de toda la cristiandad: acaecimiento de que dimos cuenta en nuestro capítulo XII, y el mismo que motivó el edicto imperial mandando hacer en todos sus dominios rogativas públicas por la libertad del pontífice que tenia preso y bajo su custodia un general español.

Al año siguiente (19 de abril, 1528), fué reconocido y jurado el príncipe Felipe por las córtes de Castilla heredero y sucesor del reino, en el monasterio de San Jerónimo de Madrid. Crecía el niño Felipe al lado de su hermana la infanta doña Juana, y al cuidado de la emperatriz su madre y de don Pedro Gonzalez de Mendoza su ayo, los cuales residían alternativamente, buscando los lugares mas sanos en cada estacion, entre Madrid, Ocaña, Toledo, Aranjuez, Avila y otros pueblos de Castilla. A los cuatro años de edad mostraba ya el príncipe una capacidad intelectual no comun; notábanse en él ciertos rasgos de ingenio; enojábase y se enfadaba con facilidad; en sus juegos infantiles gustábasele jugar, y él era el que ordenaba las justas: cabalgaba ya él solo, y era ariscado y travieso, tanto que su madre tenia que castigarle á veces formalmente, y aun ponerle la mano (2).

(1) Desde aquí comenzaría nuestra tarea (si fuera posible y conveniente seguirla) de notar la multitud de invenciones con que escritores aduladores y parciales han sobrecargado la historia de Felipe II, adulterándola y desfigurándola á su placer y autojo.

Hay quien asegura muy formalmente que se le puso el nombre de Felipe, porque Felipe ó Felippo, significa *Filius pius, hijo piadoso*, porque tal habia de mostrarse en sus acciones. Y en verdad que si así fuera, es menester confesar que en su abuelo, que se llamó lo mismo, estuvo bien léjos de corresponder la conducta del sujeto á la etimología del nombre.

Con la misma formalidad nos enseña el propio autor que su madre soñó muchas veces que llevaba en su vientre un *Mapamundi*, y que luego se explicó bien el sueño, porque se vió que ningun monarca del mundo habia sido tan rico en estados y señoríos. Que á la hora del parto, sintiendo aquella magnánima señora muy fuertes y extraordinarios dolores, avergonzándose de que la vieran sufrir, hizo apagar las bujías por espacio de seis horas que aquellos duraron; que aconsejándole los que estaban cerca que no se abstuviera de quejarse por ser cosa muy natural, respondió ella que «la muerte misma no le arrancaría un suspiro del pecho, ni una lágrima de los ojos, porque la consolaba la esperanza de que pariría un príncipe que fuera causa de alegría y no de tristeza para sus pueblos.» Y añade, que el duque de Nájera andaba diciendo despues por todas partes: «De otras mujeres nacen hombres, de nuestra emperatriz nacen ángeles.»—Véase Gregorio Leti, Vita di Filippo II, parte prima, lib. IV.

(2) Felizmente tenemos noticias auténticas de la niñez de Felipe, que confirman lo que dejamos expresado. Tales son los siguientes párrafos de cartas que hemos tomado de la curiosa correspondencia de su ayo don Pedro Gonzalez de Mendoza con el emperador su padre, en que le va informando del estado del príncipe y de sus progresos. Consérvase original en el Archivo de Simancas, Estado, legajo núm. 22.

«El príncipe está tal que de un dia á otro se halla gran mudanza en S. A.: no se puede excusar de contar algunas cosas de las que dice y hace, porque son dinas de memoria. V. M. preste paciencia al corrimiento de padre. Este dia pasado le suplicaba una dama que recibiese un paje y nunca quiso, y decia que tenia muchos, que no lo podia tomar, que lo diesen á su hermana que no tenia ninguno; dijéronle que ella no tenia pajes tan presto: respondió enojado: pues busca otro príncipe, que por esas calles lo hallarás. Desto hubo tantos testigos que V. M. lo puede muy bien creer. Su pasatiempo es ordenar justas á los niños, y las lanzas son velas encendidas, y paran los encuentros en el dotor Villalobos donde vienen á morir, con el cual suele S. A. enojarse algunas veces

Encomendada despues su crianza á don Juan de Zúñiga, comendador mayor de Castilla, y su educación literaria al doctor Juan Martinez Siliceo, teólogo de la universidad de Alcalá y catedrático en la de Salamanca; á los nueve años (1536), progresaba el príncipe Felipe en el estudio de la doctrina y moral cristiana, de la aritmética, de las lenguas italiana y francesa, y de la gramática latina, si bien esta se le hacia harito penosa, y tardó en vencer las dificultades de su artificio (3). Ejercitábase al propio tiempo en cabalgar, y en otros

porque no le quiere dar de comer todo lo que quiere. Es tan travieso, que algunas veces S. M. se enoja de veras; y ha avido azotes de su mano, y no faltan mujeres que lloran de ver tanta crueldad. V. M. crea que da mucho placer á S. M. y aun toda la casa goza de lo que ven hacer. Otras muchas cosas se podrian decir, y algunas de la Señora Infanta dejallas e para cuando yo vaya por tener que llevar.»

En otra autógrafa del mismo, fecha en Ocaña á 15 de abril (año 1531) hay el párrafo siguiente:

«La Señora Infanta crece y engorda cada dia, y pónese en hacer un sarao cuando sea de veinte años, y el Príncipe la entretiene como gentil galante. Plega á nuestro Señor que V. M. los vea presto y los goce muchos años, que no se han visto tales dos criaturas jamás. La incredulidad que Vuestra Majestad suele tener de semejantes cosas hace que no ose naide atreverse á contar lo que dicen, lo cual sé harian largamente si para ello uviese licencia.

«S. A. está sin reliquia de la dolencia con que salió de Madrid, y a engordado y arreciado; nunca está quedo, conoce las calidades de las personas que le sirven como si pasase de diez años, y con S. M. pasa buenas cosas. Guarde y acreciente nuestro Señor la vida y Real persona de Vuestra Majestad con acrecentamiento de mas Reynos y Señoríos. Fecha en Ocaña á 15 de abril.—S. C. C. M.—Los Reales piés de V. M. besa su vasallo.—Pero Gonzalez de Mendoza.»

En otra del mismo al emperador, fecha en Ocaña á 30 de abril, hay el párrafo siguiente:

«S. M. (la Emperatriz) á Dios gracias, está mejor cada dia, y el Príncipe é Infanta ansy mismo. El deseo de la venida de V. M. impide no ser esto en mas cantidad. Fué esta semana pasada á Aranjuez, y estuvo tres dias: olgó mucho y anduvo en *carretas* mas de dos leguas y allase muy bien. Preguntábame cómo eran las de Flandes, y deseando tener dellas, dije que lo escribiría á V. M. y la suya se rió y díome licencia para que lo hiciese. V. M. debe mandar que traiga Domingo de la Cuadra un par de carros de los de Madama que haya gloria, ú de otros si los uviere mejores, y caballos para ellos, que será la cosa con que S. M. mas olgará. Y ansí lo ha hecho con saber que trae las hacaneas.

«El Príncipe fué con S. M. y anduvo en su mulica solo y hallóse muy bien, en el campo comió mejor y durmió que lo hacia en el lugar. No podían con él que entrase en las carretas con S. M. deseaba que llevasen allá á la Señora Infanta, que se halla muy bien con su compañía, por donde le parece que no será mal galan. Dios lo guarde y la Real persona de V. M. acreciente con mas Reynos y Señoríos. Fecha en Ocaña á 30 de abril.—S. C. C. M.—Los Reales piés de V. M. besa.—P. Gonzalez de Mendoza.»

#### Carta autógrafa de Pedro Gonzalez de Mendoza.

«S. C. C. M.—S. M. partió de Ocaña el miércoles y viene muy buena, y mas gorda que ha estado despues que vino de Portugal. El Príncipe y la Infanta tales que dan mucho placer á la Emperatriz nuestra Señora. S. A. salió de Toledo en un machico pequeño, y no quiso que le sentasen en la silla sino los piés en los estribos. Salimos á pié de una parte el marqués de Lombay y de otra yo teniéndole, y la gente cargó tanto para velle que no se podían hender las calles, y diciendo á S. M. cosas para reir y muy alegre de verse cavalgando. Las bendiciones del pueblo no heran pocas ni el contentamiento que les quedó de velle. Oy a salido á ofrecer sus años que son cuatro y parece de mas. Plega á nuestro Señor que ofrezca tantos como S. M. desea y todos hemos menester. En tardando correo tiene S. M. pena y por esto devyan apresurar. Porque desde catorce hay cartas de V. M. y si fuesen con nueva de la bienaventurada venida á estos Reynos, no serian mal recibidas. Guarde y acreciente nuestro Señor la vida y Real estado de V. M. con mas Reynos y Señoríos. Fecha en Illescas á 20 de mayo.—S. C. C. M.—Los Reales piés de V. M. besa.—Pedro Gonzalez de Mendoza.»

Omitimos, para no ser difusos, otras muchas cartas, que tenemos, sobre la crianza, educación, adelantos é inclinaciones del príncipe en su primera edad.

(3) Sabemos estos pormenores por las cartas, que originales hemos visto, del maestro Siliceo al emperador, dándole cuenta de los adelantos del príncipe.—El estudio del Príncipe, le decia en una de ellas, cuanto á la gramática ha sido algo penoso, porque se le ha hecho dificultoso el tomar de coro; ya, bendito Dios, va mostrando mas voluntad y mas provecho, porque comienza ya á gustar del artificio de la gramática: en lo demás de su salud y virtuosa conservacion, sé decir que cada dia crece, y da mucho contentamiento á los que le conversan. La Infanta en el leer



corporales ejercicios, aunque unos y otros sufrieron aquel año temporales interrupciones á causa de las viruelas y otros males que padeció el príncipe (1).

No había cumplido aun Felipe los doce años, cuando tuvo la desgracia de perder á su excelente madre la emperatriz Isabel que había gobernado con sabiduría el reino durante la ausencia del emperador Carlos V en su famosa expedición á Túnez en 1535. Falleció aquella magnánima princesa en Toledo (1.º de mayo, 1539), al tiempo de dar á luz otro príncipe, que nació también sin vida, para mayor desconsuelo del emperador, del príncipe, y del reino entero, que todos lloraron la pérdida de aquella prudente y virtuosísima reina á la temprana edad de treinta y ocho años. Hasta el rey Francisco I de Francia, con ser tan enemigo del emperador, la hizo unas solemnísimas honras. Suntuosísimas fueron las que se celebraron en Toledo, y con no menor pompa fueron conducidos procesionalmente sus mortales restos á la capilla real de Granada, donde aconteció con ellos un caso, que bien merece los honores de la historia.

Al abrirse la caja de plomo en que iba el cuerpo de la emperatriz, hallóse su rostro tan horriblemente desfigurado y feo, habiendo sido ella singularmente hermosa, que causó lástima y espanto á cuantos la vieron, y nadie se atrevió á afirmar que aquel fuese el mismo rostro de la emperatriz. El marqués de Lombay, que había de hacer la entrega del cuerpo, no atreviéndose á prestar el juramento en la forma de costumbre de ser el mismo cuerpo de la emperatriz Isabel, se limitó á jurar, que según la diligencia y cuidado que se había puesto en conducirlo y guardarlo, tenía por cierto que era aquel, y no podía ser otro. En seguida, poniéndose á contemplar el cadáver de la que en vida había sido tan amada en el mundo: *¡Y es esta, exclamó, aquella emperatriz Isabel, tan celebrada por su hermosura, por sus gracias, por sus virtudes, gobernadora de tantos reinos, señora de tantos pueblos, esposa de un César tan grande! ¡Y qué se ha hecho aquel esplendor de su rostro, aquel majestuoso continente, aquel semblante que la hacía aparecer un ángel entre las mujeres? Y la contemplación de aquel espectáculo hirió tan viva y profundamente su imaginación, que dándose á meditar sobre el término y fin de las mayores grandezas de la tierra, determinó renunciar á un tiempo sus estados, la brillante posición que tenía en la corte imperial, y todas las pompas mundanas, para vestir el hábito de Loyola y entrar en la Compañía de Jesús. Este marqués de Lombay, heredero del ducado de Gandía, es el que despues de esta resolución se hizo tan famoso por sus virtudes, que hoy le venera la Iglesia contándole en el catálogo de sus santos con el nombre de San Francisco de Borja (2).*

Quedábale al emperador, despues de la sentida muerte de

se ha detenido mas que el Príncipe, aunque el escribir se le da mejor: está muy buena, y con toda la gracia, honestidad y virtud que su persona requiere. De Madrid á 16 de julio de 1536.—De V. S. C. C. M. vasallo, que sus imperiales piés y manos besa.—El maestro Siliceo.—Archivo de Simancas, Estado, legajo núm. 38.

«Su Majestad de la Emperatriz, le decia en otra, y el Príncipe é Infanta están buenos, bendito Dios. Cuanto al estudio del Príncipe, sabrá Vuestra Majestad como ya está fuera del mayor trabajo que hallamos en gramática, porque sabe las conjugaciones y algunos otros principios, lo cual tengo en mas que la mitad de lo que resta: presto comenzará á oír algún autor, y será el primero, si á V. M. parece, el Caton, el cual es muy limpio en lo que dice, y tiene sentencias muy necesarias para la vida humana... La Infanta va aprovechando mas de cadaldia, aunque no se da tanto á las letras como su hermano.—De Valladolid á 27 de setiembre de 1536.—Archivo de Simancas, ibid.

(1) «El Príncipe crece en todo, decia su ayo el comendador Zúñiga al emperador su padre: entendemos en buscar caballos para S. A. con las calidades que V. M. manda, y en tanto cabalga en una haca grande de S. M., ques muy mansa y de buen cuerpo. De Valladolid á 15 de julio de 1536.»

Lo de las viruelas y otras enfermedades que el príncipe sufrió en Madrid lo cuentan largamente los médicos Escoriaza y Villalobos en carta al emperador, fecha 3 de mayo, que original hemos visto tambien.—Archivo de Simancas, Estado, leg. núm. 38.

(2) Historia de la Compañía de Jesús.—Vida de San Francisco de Borja.—Sandoval, Hist. del Emperador, lib. XXIV.—Leti, Vita di Filippo II, part. prima, lib. VI.

su esposa, el consuelo del príncipe su hijo, que al paso que crecía en años adelantaba en instruccion, y mostraba particular aptitud, inteligencia y afición á los negocios públicos; que así ejercitaba sus fuerzas en partidas de montería, esperando ya, aunque jóven, á caballo en su puesto, armado de venablo, á las fieras del bosque, como iba entendiendo ya en lo perteneciente á la gobernacion de un Estado (3). De tal manera le gustaba guardar la dignidad de príncipe, que como en una ocasion entrase el cardenal Tabera, arzobispo de Toledo, cuando le estaba vistiendo el comendador su ayo, y este mandara al prelado que se cubriese, el príncipe se apresuró á tomar su

(3) Podemos completar las noticias relativas á la educacion física y literaria del príncipe á la edad de catorce años con los siguientes párrafos sacados de entre los muchos documentos que sobre esta materia tenemos á la vista.

En 17 de enero de 1540, desde Madrid, decia el comendador mayor de Castilla, don Juan de Zúñiga, al emperador: «S. A. está muy bueno y crece en todo; sigue su estudio como cuando V. M. aquí estaba, y despues que vino la caza de V. M. sale dos veces al campo cada semana y otra los sábados á Nuestra Señora de Atocha, y aun entonces, si hay nueva de liebre echada, la va á tirar.»

En otra de 15 de febrero: «Su Alteza está muy bueno, y la semana pasada fué al Pardo y tiró dos saetas, á un razonable ciervo la una, y á una manada de ciervas la otra: errólas entrambas; la primera fué en lazo. Fué y vino en litera, pero anduvo en el monte á caballo bien seis horas, que á él no se le hicieron dos, y á mí mas de doce... Mañana irá á caza con los halcones y á tirar alguna liebre echada.»

En 19 de marzo: «A liebres echadas y á perdices con podencos de muestra ha hecho S. A. señalados tiros los días que ha salido á caza con los halcones.»

En 19 de mayo (y suprimimos todas las cartas intermedias): «Su Alteza estuvo allí (Aranjuez) cuatro ó cinco días, y volvió aquí para Pascua: holgóse mucho, porque en los dos días que estuvo hubo oxeo de conejos y mató mas de veinte, y dos ó tres liebres. Asimismo otro día mató dos gamos, de que estaba la mas contenta persona que nunca se vió. A mí me hizo cierta burla de una liebre que me tenía puesta muerta para que la tirase, y con haberla yo acertado aunque estaba muerta, me contenté.—Archivo de Simancas, Estado, legajo número 50.

Por lo que hace á la educacion literaria, pasados cuatro años de haberle dedicado al estudio del latin, escribe el maestro Siliceo al emperador, de Madrid á 19 de marzo de 1540: «En lo que toca á la ensenanza del Príncipe digo, que en latin va mucho adelantado, y antes de medio año, como creo, podrá pasar por sí todos los historiadores que han escrito, por dificultosos que sean, á lo menos con poca ayuda de maestro; en el hablar latin ha arto aprovechado, porque no se habla otra lengua en todo el tiempo del estudio, y el uso le hará doto en el hablar tanto y mas que la leccion. El escribir en latin se ha comenzado; tengo esperanza que le sucederá mucho bien. Los días pasados estuvo Su Alteza en Alcalá y visitó á todos los lectores, y oyó lo que leian, y puede creer V. M. que á todos los entendió, sino fué al que leia Hebrayco, y holgó tanto en los oír y entender lo que decian que ningund trabajo le fué todo el tiempo que los oyó, que serian mas de tres horas. De salud está muy bueno, bendito Dios, y muy alegre, porque goza de los días de caza que V. M. mandó se le diesen. Puede creer V. M. que da muestra y esperanza á todos los que le conversamos que será tan siervo de Dios y sabio rey qual el reyno ha menester y V. M. desea.—Nuestro Señor, etc.»

Y en 22 de junio: «Pues es justo, siempre que se ofresce correo, dar parte á V. M. del estudio del Príncipe nuestro señor, en esta solo diré que como de cada un día crece en saber, así parece crecerle la voluntad á las letras, y prometo á V. M. que aunque la caza es al presente la cosa á que demuestra mas voluntad, no por eso afloja en lo del estudio un punto, y hase de tener á mucho que en esta edad de catorce años, en la cual naturaleza comienza á sentir flaquezas, haya Dios dado al príncipe tanta voluntad á la caza, que en ella y en su estudio la mayor parte del tiempo se ocupe, las cuales dos cosas, tomadas templadamente, dan salud al cuerpo y aumentan las virtudes del ánima. Está ya tan crecido, que parece mucho otro del que V. M. dejó. Nuestro Señor, etc.—El maestro Siliceo.—Simancas, Estado, leg. núm. 50.

En junio de 1541 continuaba diciendo don Juan de Zúñiga al emperador: «S. A. está muy bueno y crece... y aun de dos meses á esta parte tengo mas esperanzas que solia que ha de gustar mas del latin de lo que yo pensaba, de que yo holgaría mucho, porque lo tengo por parte muy principal en un príncipe ser buen latino, así para saberse regir á sí como á otros, y especialmente quien espera tener debajo de sí tanta diferencia de lenguas, es bien saber bien una general por no se obligar á saberlas todas.»

Y en la misma carta le decia, que el día de pascua (de aquel año, 1541) había comenzado el príncipe á vestirse de colores y traer cosas de oro, y que aquel mismo día había hecho la primera comunión, «por ser ya pasado de los catorce años.»—Archivo de Simancas, Estado, leg. núm. 51.

Handwritten document in Spanish, likely a charter or agreement. The text is written in a cursive script and includes several lines of text, some of which are crossed out or corrected. The document appears to be a formal agreement or charter, possibly related to the founding of a Jesuit school as mentioned in the caption below. The text is written on aged, yellowed paper with some ink bleed-through from the reverse side.

Copia de una página del convenio celebrado entre San Francisco de Borja y el conde de Monterey para la fundacion de un colegio de Jesuitas en la villa de este nombre (Año 1555) (El original se conserva en la Biblioteca Nacional)



sombrero, y dijo: *Ahora, cardenal, podeis poneros vuestro bonete.*

Cumplidos los quince años, fué jurado príncipe y sucesor de los reinos por los aragoneses en las córtes de Monzon (agosto, 1542), con condicion expresa de que no pudiese ejercer jurisdiccion alguna sin que prestara el acostumbrado juramento en la Seo de Zaragoza, como lo verificó con toda solemnidad (21 de octubre). Autorizósele tambien para celebrar y presidir las córtes convocadas por su padre, cuyas altas funciones comenzó á ejercer muy pronto á causa de los continuos viajes y ausencias del emperador. Y á poco tiempo, cuando la nueva guerra que Francisco I de Francia movia por todas partes á Carlos V obligó á este á pasar á Italia y Alemania (mayo, 1543), ya dejó confiada al príncipe Felipe, de edad entonces de diez y seis años, la gobernacion del reino, bajo la direccion y consejo del secretario Francisco de los Cobos, menos en lo tocante á la guerra y á los negocios de la milicia, de cuya parte quedaba encargado don Fernando de Toledo, duque de Alba, y mayordomo mayor de Su Majestad Imperial.

En aquel mismo año se concertó casar al príncipe don Felipe con su prima la infanta doña María de Portugal, hija de los reyes don Juan III y doña Catalina, hermana del emperador. Estas bodas fueron de las mas notables que se han hecho entre príncipes en España, por el lujo, ostentacion y aparato que se empleó desde los primeros preparativos, y por el pomposo ceremonial con que se celebraron. Los escritores de aquel tiempo nos han dejado minuciosas descripciones del viaje que hizo de Madrid á Badajoz á recibir á la princesa el maestro del príncipe, don Juan Martínez Siliceo, obispo ya de Cartagena, y de la grandeza con que el duque de Medinasidonia, don Juan Alonso de Guzman, alhajó su casa para hospedar á su ilustre novia. El obispo en su pausado viaje gastaba, dicen, setecientas raciones cada dia; su comitiva era brillante; llevaba multitud de acémilas y reposteros, pajes, escuderos y criados, todos con ricas y lujosas libreas de seda y terciopelo, con franjas de oro, chapeos con plumas y otros adornos, con los cuales competian los paramentos de los caballos, y en las comidas no faltaba, así en viandas como en vinos, ningun género de regalo. El duque, por su parte, gastaba, dicen, seiscientos ducados cada dia en la mesa, y para el recibimiento del obispo en Badajoz llevaba doscientas acémilas todas con reposteros de terciopelo azul, y las armas bordadas de oro. Unos y otros llevaban músicos en su comitiva, y en la del duque iban además ocho indios con unos escudos de plata redondos y grandes, en cada uno de los cuales habia una águila que sostenia las armas del duque y de la duquesa. Y para colmo de lujo y de capricho, hacian parte del cortejo tres juglares, llamados Cordobilla, Calabaza y Hernando, ridiculamente vestidos, y un enano con sus puntas de decidór y discreto. Así la casa del duque como la que se destinó para alojamiento del obispo competian en el lujo del menaje, en tapicerias, colgaduras, doseles, y vajillas de oro y plata (1).

No era menor el boato y el cortejo con que venia la infanta de Portugal. Acompañábanla el duque de Braganza, el arzobispo de Lisboa, y muchos otros personajes, hidalgos y damas portuguesas. Traia cerca de tres mil acémilas con reposteros y otras tantas sin ellos; músicos, cantores, ministriles, enanos, etc. Al llegar la princesa á Elvas (octubre, 1543), comenzaron á cruzarse los correos entre los de una y otra comitiva para acordar el dia de su entrada y recibimiento en Castilla. Convenidos ya en que fuese el lunes siguiente, moviéronse tales disputas entre portugueses y castellanos sobre el ceremonial, y principalmente sobre el lugar que correspondia á cada uno, pretendiendo cada cual para sí el de preferencia, que no pudiendo concertarse, llegó el lunes señalado, y la princesa no vino á la raya segun estaba dispuesto (2). Incomodáronse de tal modo los hidalgos portugueses, que faltó

(1) Relacion del recibimiento que se hizo á doña María, infanta de Portugal, hija de don Juan III, etc., escrita por un contemporáneo de los que componian la comitiva del príncipe.—Coleccion de documentos inéditos, tom. III.—Sandoval, lib. XXVI.

(2) Dice Sandoval que no sabe la causa por que se difirió la entrada de la princesa. La causa, segun la Relacion manuscrita, no fué otra que la cuestion de etiqueta, en la cual nadie queria ceder.

poco para que por una disputa de etiqueta se deshiciera la boda, y anduvo ya tan válida la voz de que se volvian á Lisboa para casarla con el infante don Luis, que hubo en los dos campos no poco sobresalto y alboroto (3). Al fin, cediendo de su derecho para evitar un escándalo el obispo de Cartagena, se arregló el ceremonial, y se adelantaron todos los castellanos hasta el puente del rio Caya que divide á Portugal de Castilla, donde habia de ser entregada la princesa. Salió esta de la litera en que venia, y montó en una mula. Traia un vestido de raso blanco recamado de oro, y encima una capa castellana de terciopelo morado. Pareció á todos muy hermosa y gentil; era de mediana estatura, y tenia entonces diez y siete años, medio mas que el príncipe.

La entrega se hizo con toda ceremonia y solemnidad; la entrada en Badajoz fué magnífica, y el viaje desde aquella ciudad á la de Salamanca, donde habian de hacerse las bodas, y en el cual se invirtieron muchos dias, haciéndose á muy cortas jornadas, fué una sucesion continua de fiestas y espectáculos en los pueblos, y de suntuosos banquetes con que recíprocamente se agasajaban los magnates portugueses y castellanos. El príncipe don Felipe se apareció de incógnito en varias de las poblaciones por donde transitaba la princesa, á la cual se complacia en mirar, ó desde alguna casa donde se escondia, ó desde la calle embozado; á guisa de enamorado galán á quien le estuviera prohibido ver su novia, y así la fué siguiendo hasta Salamanca. A los tres cuartos de legua de esta ciudad se aparecieron sucesivamente varios cuerpos de caballeria é infanteria, que escaramuzaron delante de la princesa y ejecutaron varios simulacros de combate que dieron á todos gran placer. Cerca de la ciudad se presentaron la universidad, el cabildo, el ayuntamiento y corregidor, todas las corporaciones con sus respectivos trajes de ceremonia. El de la princesa era una hermosa saya de tela de plata con labores de oro, gorra de terciopelo con una pluma blanca entreverada de azul con clavos y puntas de oro. Llevaba la rienda de la mula el caballero Luis Sarmiento, embajador de Castilla en Portugal, y circundábanla sus camareras y damas, el arzobispo de Lisboa, el duque de Medinasidonia, los obispos de Salamanca y de Leon, y todos los demás personajes españoles y portugueses. Habianse levantado muchos arcos triunfales con inscripciones y versos. Duró el recibimiento desde la una y media de la tarde hasta las siete de la noche. El príncipe se hallaba disfrazado en casa del doctor Olivares, para ver al paso á su novia; supolo la princesa, y al pasar se cubrió el rostro con el abanico, el cual apartó con chistoso atrevimiento, para que el príncipe la viese. Perico de Santerbás, famoso juglar del conde de Benavente. Alojóse la princesa en las casas de Lugo y de Cristóbal Juarez reunidas.

El príncipe, de incógnito siempre y disfrazado, mostrando ya su afición á lo misterioso, salió de la casa en que estaba, y se trasladó á San Jerónimo, para entrar otro dia por la puerta de Zamora con el cardenal de Toledo, el conde de Benavente, el duque de Alba, y otros grandes, mas sin ceremonia, y se aposentó en las mismas casas de la princesa, donde se le tenia preparada habitacion aparte, pero con comunicacion. A la noche salió cada cual de su aposento al salon en que habian de celebrarse las bodas. Al encontrarse los dos novios se besaron las manos y se abrazaron. Sentados luego cada uno bajo un dosel, el cardenal de Toledo los desposó con gran solemnidad, siendo padrinos el duque y la duquesa de Alba, y comenzó el sarao, bailando todos los personajes de ambas cortes (4).

(3) «Algunos habia, dice la Relacion, que juraban á Dios que no la habian de dar: que si fuera para algun fillo bastardo de Deus, que pasára; pero que tanto por tanto ahí estaba o infante, con quien todo el reino queria que se casase, y que ninguno dél habia sido llamado para dar parecer de que viniese á Castilla.»

(4) «Acabóse el sarao, dice la Relacion, con una alta y una baja que danzaron los príncipes.»

En ella se hace una curiosa y minuciosa descripcion del traje que vestian cada dama y cada caballero.

Durante el sarao hubo una reñidísima refriega entre los pajes de la princesa y los del príncipe, en que anduvieron listas las espadas y las hachas, apellidando unos «Andalucía» y otros «Castilla», y de la cual resultaron algunos gravemente heridos.